



EL FIN
DE LO MISMO
MARCELO
COHEN



MARCELO COHEN

EL FIN DE LO MISMO

Índice

La ilusión del monarca

El fin de lo mismo

Aspectos de la vida de Enzatti

Volubilidad

Lydia en el canal

La ilusión monarca

“Nacerá, nació de nosotros, dijo Watt, aquel que sin tener nada no querrá nada, salvo que le dejen la nada que posee.”

Beckett, *Mercier y Camier*

PRIMERA PARTE

/

Al fondo, bajo el peso del aire, el horizonte está como un portal o un sello. No parece una línea sino el rastro de un pincel bastante seco, aunque en realidad es la luz cristalina lo que de vez en cuando lo borra, lo aleja, lo disuelve o lo prolonga. Junto a ese límite plomizo, a veces pardo, el cielo es de una palidez sorpresiva; pero con la altura se afirman los colores y las zonas de celeste insípido se pierden en un azul de llama de gas, salvo a la derecha (pero más bien atrás, a espaldas del ojo), ahí donde el sol, que baja tirando de la tarde, la vuelve blanquecina y cóncava como una taza.

Llamado por el reflejo del sol, una estela de malvas y cobres vivos, el ojo baja hacia el mar. El mar se expande, vibra; es áspero, compacto, el mar corta el aliento, y el horizonte se diluye todavía más, como si una parte del trazo retrocediera y la otra se entregase a la persuasión de las olas. Porque el mar es bravo pero también es tenue, y el horizonte transige para engañar mejor. Entonces, a lo lejos, el mar es un desconcierto brillante, casi un hule de añil movido por turbinas. Es mucho más acá donde las olas se definen, primero como leves colinas de mica, después como rodillos de goma agrietada. Cuando las olas se confunden, un verde oscuro reemplaza al azul y titubea; cuando se ordenan, apoyándose unas a otras en cadenas veloces, una fuerza que se podría aprovechar las va exaltando hasta arrancarles eléctricas melenas blancas. Eso ocurre más cerca: las olas se alzan, amenazan, y parece que el asombro de su propio alarde las paralizara. En el instante de inminencia

en que una ola va a romper, el mar entero se vuelve real de repente. No bien la ola se derrumba, un derroche de espuma deja atrás el bramido para empapar el aire de sal, invadir la orilla y aplacarse en la indiferencia de la arena.

En principio el mar es como todos los mares. La playa, lo que la playa pone, es otra cosa.

A cien metros de la costa, tres boyas anaranjadas con forma de peonza sugieren un mensaje que a veces se extingue, cuando las olas lo esconden, y rítmicamente reaparece en las crestas, siempre transformado. Puede que las boyas signifiquen algo. Tienen la dulce constancia del parpadeo de un idiota.

//

Son ciento cincuenta metros de playa más o menos, de una playa ancha, de arena fina y trigueña, que podría ser *fantástica* si no estuviese interrumpida. A la derecha y a la izquierda, desde una distancia imprecisa pero grande, emergen del mar dos muros de hormigón gris claro, todavía no atacados por el musgo, que a juzgar desde la playa deben tener siete metros de altura. Para el ojo no es inmediata la certeza de que la playa está encajonada, porque los muros nunca proyectan más que unos metros de sombra, y no durante todo el día, pero sobre el borde de los muros, entre estacas de hierro incrustadas en mortero, corren varias líneas de alambre de púas. Hechizado por el mar, dopado por el aire agreste, el ojo olvida los muros y va y vuelve entre el horizonte y la arena.

Es primavera, y a esta hora de la tarde la arena guarda una tibieza que el aire va perdiendo. Parece que fuera la arena la madre de las cosas que hay en la playa: un poco a la izquierda del centro, una gran palmera arrogante; muy a la derecha, cerca del muro de ese lado, un poste de tres metros con un tablero digital que indica la hora y la temperatura (17.28/19°C); y arbitrariamente repartidos, como invitando a prolongar una estancia junto a la orilla, cuatro toldos verde manzana sujetos a postes de hierro. Con tan pocos implementos la playa no es inhóspita pero parece vacía, y el mar se ofrece holgadamente al ojo. Dos gaviotas aletean en la resaca; una alza el vuelo y se pierde por encima del muro de la izquierda. Entonces, recapacitando, el ojo corrobora que tanto ese muro como el otro se alargan en sentido opuesto al mar, dejan atrás la playa cortando un parapeto bajo, cortan también una franja de asfalto (al borde crecen yuyos) y al fin, a treinta metros del parapeto don-

de la playa empieza, quedan unidos por una especie de pabellón encalado, de una planta, tan largo como el trecho de playa, dividido en treinta y seis compartimientos iguales. Los compartimientos son celdas de tres metros y medio de ancho por cuatro de fondo. En cada una hay dos camas y una escalerita que lleva a un altillo bajo con lavatorio e inodoro. La puerta que se abre a la playa es corrediza, de una aleación ligera; la otra es de acero, con una ventanilla, y da a una galería como la de cualquier cárcel. Detrás de la hilera de celdas y de las galerías, antes de que empiece el resto del mundo, hay un patio cerrado por un muro doble, y sobre el muro una pasarela sembrada de garitas. Si desde la playa el ojo mira el pabellón, ve que al fondo y arriba, entre las garitas, se pasean unos guardias armados, muy jóvenes, de aspecto bovino y mirada de psicópata.

III

Éste es el punto de vista del preso:

Entra por un portón, se oye caminar sobre baldosas, le quitan la venda, atraviesa un patio, pasa por una puerta de rejas y le ordenan que por una galería transversal avance hasta la celda que le corresponde. Detrás de él echan llave a la puerta. La otra puerta, la que tiene adelante, está entreabierta, y al asomarse, sacudido por el olor a sal y a crustáceos, el preso ve una banda de asfalto como una carretera en desuso, un parapeto muy bajo y el terciopelo rubio de la playa. Más allá, antes del horizonte borroso, el mar se agita como una invitación o un postulado, pero el movimiento no se aviene con los muros estólidos que a derecha e izquierda clausuran la playa. Por mucho que la playa sea abrupta, que las olas rompan cerca, los muros se alargan una buena distancia en el agua, y a más de doscientos metros, bastante más tal vez, los altos bordes alambrados siguen reinando sobre olas turquesas, recamados de sal, fulgurando a veces en la luz como circuitos de un artefacto en acecho. Habría que nadar un rato para poder sortear uno de esos muros a flor de agua, para escaparse o ver qué hay del otro lado; habría que ir más allá del punto, que sólo existe para quien está en la playa, en que la vertical del muro corta el horizonte.

La voluntad del ojo se aferra a la arena.

IV

En la playa hay hombres. Son presos. En este momento intentan acomodar una rutina ociosa a variadas especies de la rabia, el de-saliento o el asombro. Los más no lo consiguen. El trayecto del sol los desorienta (el tramo de playa se extiende de noreste a sudoeste), hace apenas un día que llegaron y acaso la vacuna múltiple que les administraron la tarde anterior les haya entorpecido los biorritmos. Como si se conocieran de otros tiempos, pero no se conocen, o los guiaran afinidades rencorosas, algunos comparten sombra bajo los toldos de la playa; otros se sientan en el parapeto, entre la playa y el asfalto; otros, distanciados, se tumban en la orilla y hay algunos que no salen de las celdas, quizá porque nunca habían visto el mar y sienten más desconfianza que curiosidad.

Son sesenta y ocho. Bajo el claro nailon de la mañana parecen usuarios de un centro turístico masivo, porque para vestirlos les dieron distintas especies, no obstante similares, de ropa vaquera muy nueva y profusa en etiquetas. Vistas de cerca las caras ganan en odio. Hay quien ya tiene el pantalón roto en el muslo, la cara machucada. Manchas de sangre, también; algo pasó durante la noche. Ahora que están desayunando el rito los aplaca. Un pelirrojo vuelca el té en la arena y escupe los corn flakes porque, dice, están llenos de purgante y sedativos. A unos metros, el talón de goma de una zapatilla Adidas martillea el cemento del parapeto.

V

Cuando Sergio entró en la celda, en una de las camas roncaba un oriental con cara de nácar y los dos puños crispados. Sergio no era lerdo: descubrió que las puertas de salida a la playa no tenían cerradura y esa noche ya había trasladado todo, la manta, la cuchara de madera y la escudilla, las revistas y la ropa, a una de las pocas celdas que había desocupadas en la otra punta del pabellón. Allí cenó el guiso de garbanzos, y como estaba desvelado salió a mirar la playa que a la tarde se había forzado a declarar inservible.

Cuando empezó a oír el crujido de la arena bajo las suelas de goma ya había llegado a la orilla. El ruido del mar lo sacudió con la eficacia inhumana de un despertador. Dio un paso atrás y se sentó. Diez metros a la derecha, el muro parecía fraccionar el olor a yodo dejando en la cárcel la porción más vaga. Mirando el muro, las rocas que lo apuntalaban, Sergio sacudió la cabeza mientras empezaba a barruntar que el mar hablaba, cosas incomprensibles, barbaridades, como si quisiera distraerlo de los planes que él tenía que imponerle al tiempo.

Lo importante era sobre todo *razonar*. Los fantoches esos que lo habían condenado a dos años a la sombra (pero esa cárcel, claro, no era la sombra) querían verlo destrozado, y él necesitaba salir más entero que antes porque era la única forma de derrotarlos. Él, pensaba Sergio, no era un inútil cualquiera, no un predestinado al sueldito, él era emprendedor y había jurado por Dios que nunca más iba a vender neumáticos ni comer sopa de arroz una semana entera. Por eso, si no por qué, se había metido en el tráfico de glándulas, un negocio nuevo y promisorio. Glándulas de fetos: pituitarias, suprarrenales que alguien, sotto voce, im-

portaba de Rusia o de Armenia. No era tan difícil colocarlas. A Sergio le habían ofrecido contactar a los clientes. *Diffusor*, le habían dicho que sería; tremendas comisiones. Un médico, dueño de una clínica, le había explicado que usaban las células para sintetizar drogas útiles o vacunas, y a veces hasta podían servirse de la glándula entera. Él había creído que se iba a enriquecer ayudando clandestinamente a la ciencia y ahora estaba preso; era un *recluso*. Su jefe, el mayorista, había salido bajo fianza; a los clientes no los habían tocado; y todos sabían que el juez se había quedado con un par de pituitarias. Sergio estaba preso. El único triunfo que tenía por delante era salir más entero que antes. Y entonces hacer algo más.

Las glándulas, en el cuerpo, fabricaban hormonas. El mar, ¿sería hombre o mujer? ¿Y la injusticia? El *porvenir*: eso era hombre.

Tan furioso lo puso sentir de golpe ganas de nadar, que se levantó de un salto y empezó a patear la resaca. Dos grandotes patizambos, las voces ahogadas por el mar, se le acercaban señalando las boyas fosforescentes. Sergio volvió a su celda trotando, cuestión de hacer ejercicio. Era la número dos, la segunda desde el muro de la derecha.

VI

Las primeras noches los presos aprenden que no es recomendable demorarse al aire libre después de las once, porque multitudes de haces finos, cruzados, empiezan a caer sobre la playa como lanzas al rojo vivo y no dejan de acribillarla hasta la madrugada. Aunque no se oyen amenazas ni estampidos cuando algún haz delata un cuerpo, aunque la luz no duele, en ese súbito alumbramiento de sí mismo el preso vislumbra quién sabe qué represalias. Se refugian todos en las celdas, entonces, mientras en la playa, frente al mar incólume, se prolonga un frenético ballet de lianas incandescentes. Cuándo puede parar ese ballet, y a veces se interrumpe horas enteras, y entonces surge de nuevo el brillo nocturno de la espuma, es algo que los presos no saben.

Los presos no tienen trato con los funcionarios. A ciertas horas no muy fijas las ventanillas de las celdas se abren desde la galería, voces vinílicas piden los platos y manos sin pulso los devuelven llenos. Hay en esas manos púberes una transparencia gomosa, intimidatoria, la misma calidad anfibia que desde lejos los presos intuyen en las mejillas de los guardias.

VII

No sólo la opacidad enervante de los guardias desconcierta a los presos, porque los guardias están allá, paseándose armados entre las garitas. Una inquietud cargosa los va invadiendo mientras comprenden que no saben hacerse una vida en la playa. No obstante son presos, y muy pronto algunos resuelven imponerle jerarquías a la desidia. Como una lluvia de harina en un charco, el deseo alterado por los fármacos se aglutina en torno a caudillos no muy honorables pero fuertes. Varios presos ya han discutido por la posesión de otros presos, de zonas de playa, de vajilla de madera; algunos descubrieron el filo que la paciencia puede darle al caparazón de un caracol. Entre las celdas circulan, quizá también inducidas, otras drogas que las que embeben los guisos. Seridal, Dilamina, Dirium, coca, benzoles, marihuana, no muy poderosos, bastan sin embargo para que se organice un comercio compulsivo y el poco dinero que circula produzca una delincuencia subalterna. Del amasijo de protecciones y servilismos, de apropiaciones y agravios, con los días surgen dos grupos preponderantes. Uno lo capitanea el amarillento Carmelito, ex primer fan de la banda de rock duro *Piedra pómez*. Si el líder del otro grupo es Park Ho, un coreano calculador y rencoroso, la eminencia gris es Pablo Karmet, un calvo de madurez elástica, amante de las saunas y los hipódromos, que sigue declarándose intermediario futbolístico.

Un precoz sistema de rumores se encarga de difundir que Carmelito ha sido chatarrero, ladrón de estéreos de coche y asaltante de trenes. A la salida de un concierto del grupo de rock *Piedra pómez*, por eso lo agarraron, degolló al caballo de un policía que había cargado contra los fans y derribado a su novia (la de Carmelito). Aunque no lo formu-

len, muchos juzgan enigmático, Carmelito entre ellos, que la policía no lo haya matado a patadas; y sacan conclusiones no muy articuladas sobre el carácter *especial* o premeditado de la cárcel marina.

De Park Ho se cuenta esto: que hizo a su patrón, un industrial metalúrgico, el favor de incendiar un taller deficitario. Karmet consigue que de él no se sepa mucho. Alrededor de Carmelito hay presos jóvenes, nerviosismo, fanfarronería y poco miedo. A Park lo apoya un complejo más denso en años y sumisiones materiales.

Entre los dos grupos, guardando una distancia precaria, la mitad de los reclusos flota en la inoperancia. Sergio masculla estrategias. Admite la cercanía de los dos gigantes que ha conocido. Roque y Ricardo Pino son dos mellizos quincuagenarios; encerraron en el frigorífico al dueño de la carnicería donde trabajaban, confiesan, porque el *sujeto* quiso estafarlos (se dice que estaba en juego la propiedad de un billete de lotería con premio mediano), y al hombre tuvieron que amputarle un pie gangrenado. Ricardo es de una delicadeza tímida, a su gigantesco modo, y odia con terror a la tribu de Carmelito.

A la noche, después de una conversación tentativa con ellos, por primera vez Sergio tiene que tragarse las lágrimas. Se da cuenta de que, si bien puede protegerlo, la masa persuasiva de los Pino no lo va a salvar: los mellizos son ágiles y despiadados defendiendo las galletas que les envía la madre o cazando gaviotas, pero en asuntos de planificación, piensa Sergio, se quedaron en la infancia. De modo que está solo, y quiere seguir solo. Al día siguiente soporta sin temblar varios chistes de Carmelito ("¿y ese crudo, che? ¿será quinoto?") y se concede unas horas de calma.